

PINOCHO

AÑO VII
NUM. 333

25 cts

5. JULIO
1931



- EL OTRO DIA LE ENCARGUÉ A USTED SEIS PASTELES Y NO ME TRAJÓ NADA.
MAS QUE CINCO.
= ES QUE EL OTRO LO TIRÉ PORQUE SABÍA MAL.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

POR
E Salgar



(Continuación)

—Que respetéis la cabellera de estos dos jóvenes.

—¿Y si

rehusáramos?

El fango es profundo, y nos arrojaríamos a él. ¿No has visto cómo se ha tragado a los hombres que nos acompañaban?

Mano Izquierda interrogó con la mirada a Jalta.

—Promételes todo lo que quieran—dijo ella con pérfida sonrisa—. Luego veremos si cumplimos nuestra palabra.

—Aceptamos tus condiciones—dijo *Mano Izquierda* a Harris.

—¿Lo juráis por el Grande Espíritu?

—Y por el *Arca del primer hombre*.

—¿Y cómo nos entregamos? El fango nos rodea. Bajo nosotros se agitan las arenas móviles, dispuestas a tragarnos. Ya ves que nuestros caballos se hunden cada vez más.

Mano Izquierda miró a uno y otro lado, y como descubriera unos grandes grupos de árboles de algodón que crecían a lo largo del borde de la sabana, dijo a sus guerreros:

—¡Pronto; improvisad un puentel

Cincuenta o sesenta hombres comenzaron a llevar al borde de la sabana ramas de árboles, y en pocos minutos quedó tendido un ligero puente.

Harris fué el primero en atravesarle, llevando consigo a Mary.

Se acercó a Jalta, que permanecía en su caballo, fría como un bloque de hielo, y la dijo:

—¿Estáis satisfecha, mujer perversa?

En los labios de Jalta se dibujó una sonrisa cruel, y respondió:

—Sí; pero también hubiera querido coger al que ha huido. ¡Tiene una cabellera soberbia! ¡Quizá el Grande Espíritu le ponga un día en mis manos!

CAPÍTULO XII

Chivington - matanza

Una hora después, un grueso destacamento, compuesto de cien *arrapahoes* y cien *sioux*, se alejaba de la sabana y se dirigía al trote hacia levante, con una ligera desviación al norte.

Le guiaban Jalta, *Nube Roja*, *Mano Izquierda* y *Caldera Negra*. El *sakem* de los *corvis* llevaba consigo a Minnehaha sobre la silla de su caballo.

Entre los *sioux*, y custodiados por una doble fila de guerreros, marchaban cuatro caballos en cuya grupa iban montados y con las manos sujetas a la espalda los cuatro desgraciados prisioneros.

La cruel Jalta no había respetado ni siquiera a Mary, que iba tan fuertemente ligada como los demás.

Los otros guerreros se habían lanzado por las orillas de la sabana, bien para emprender correrías por otra parte, bien para vigilar la frontera californiana e impedir el avance de cualquier columna americana, guardando así la retaguardia de los *sioux*, sus aliados.

Una gran tristeza invadía a los prisioneros. Hasta Harris y Jorge parecían presa de infinita angustia.

¿Adónde les conducía Jalta? ¿Qué quería hacer de ellos, y a qué terrible suplicio caminaban? ¡Oh! Por supuesto, que ninguno creía en

el juramento de *Mano Izquierda*, sabiendo lo poco escrupulosos que eran los indios.

¿Adónde les conducía Jalta?

Una sola esperanza les sostenía: John. El valiente *indian-agent* no olvidaría a sus amigos, no.

El valiente *indian-agent* había en tanto desaparecido, gracias a un extraordinario azar, pues su caballo no había salido de la *costa* dura y pedregosa en que por milagro vino a caer, y que era como un débil puente sobre aquella sabana de insondable limo, dispuesta a tragarsele.

Sabían demasiado bien sus compañeros que no era John hombre capaz de abandonarles apenas encontrara en su camino algún socorro. Pero ¿le encontraría, o se habría cansado ya la fortuna de protegerle?

No debemos olvidar que hacia levante corrían las hordas de los *chayennes*, dueños a la sazón de la pradera, y los cuales, de seguro, no habrían dejado libre el paso del *indian-agent* en su huida hacia el Arkansas.

A mediodía, la cabalgata, que no había cesado de correr, hizo alto entre las hierbas de la pradera, donde los indios levantaron el campamento, colocando en el centro a los prisioneros, bien vigilados por multitud de centinelas.

Con grandes precauciones encendieron fogatas en espacios libres de hierba, para no producir un incendio general en la pradera, y asaron sendos cuartos de buey y de búfalo.

Mientras los indios comían, los prisioneros pudieron cambiar algunas palabras, aprovechando la distancia a que se mantenían los centinelas.

—¿Creéis—preguntó el hijo del coronel—que todo haya concluido para nosotros?

—No sé qué contestar—dijo Harris—; pero me da esperanza el ver que respetan por ahora nuestra vida.

—¿Nos reservarán para el terrible suplicio del palo?

—No; me parece que esa maldita Jalta tiene otros proyectos. ¿Cuáles serán?

—Para saberlos era preciso penetrar en su cerebro.

—¿Quién sabe si querrá tenernos en rehenes, por si la guerra toma para ellos un aspecto desagradable!

—No sería extraño, señor Devandel.

—Pero, ¿no estáis persuadido de ello?

—Lo confieso.

—Entonces...

—Todo lo temo de esa perversa mujer.

—¿Qué meditará la miserable Jalta?

—¡Oh! ¡Lo más horrible! Supera en crueldad a los peores *sakems* indios.

—¿Y por qué no se habrá decidido ya a matarnos?

—No invoquéis tan pronto a la muerte. Yo, por mi parte, deseo que llegue lo más tarde posible.

—¿Conserváis, pues, alguna esperanza?

—¿Qué queréis que os diga? Siempre pienso en el valiente John, señor Devandel.

El joven, moviendo la cabeza, hizo un gesto desesperado.

—Yo—dijo Harris—pienso siempre en John.

Su conversación, en la cual no habían tomado parte Mary ni Jorge, porque les tenían algo separados, fué interrumpida por la llegada de los indios, que llevaban a los prisioneros una abundante comida.

Ya iba la cabalgata a emprender otra vez la marcha, cuando Jalta, seguida de *Nube Roja*, que llevaba siempre a Minnehaha, pasó junto a los cazadores y los hijos del coronel, pavoneándose bajo su espléndido manto y lanzándoles una mirada irónica.

—¡Que el Gran Espíritu te maldiga, perversal!—gritó Harris, intentando en vano romper las cuerdas que nuevamente sujetaban sus muñecas.

—¿Qué dice el hombre pálido?—preguntó la *sakem*, refrenando su caballo.

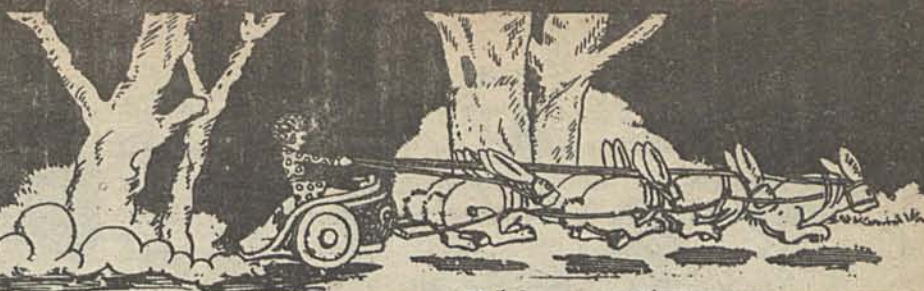
—¿Adónde nos conduces?—la preguntó Harris.

—Lo sabréis más tarde.

(Continuará en el próximo número.)

ANITA

BUEN- CORAZON





EL TESORO ARTÍSTICO DE UN REY NEGRO

Navega en estos instantes el aerobús pinochista sobre los territorios africanos del Congo belga y una inmensa alfombra de verdura cubre por completo el suelo.

—No se ve nada más que verde y verde por todas partes—exclaman los pasajeros incorporándose sobre la barandilla del aerobús.

—¿En qué región estamos?—pregunta el Capitán Corretón.

—Sobre el Congo belga—responde el buho—. Dentro de pocos instantes llegaremos a Stanleyville y allí podremos descender para aprovisionarnos de esencia.

—Y de patatas—añadió Tecla—. No hay en la cocina más patatas que las que nos vamos a comer hoy.

—Pues mientras llegamos—dijeron todos—que nos hable el buho de cosas interesantes del país.

—Precisamente—dijo el buho—vive por aquí un rey negro que es un verdadero artista y tiene convertida su choza-palacio en un interesantísimo museo.

Los marfiles trabajados por este artista indígena muestran una marcada influencia extranjera y en realidad no constituyen un arte puro, con personalidad propia, pero es digno de admiración por el gran sentimiento artístico que revela en el autor de las tallas.

Y no solamente es el rey de la tribu de Loanda, (que es el país sobre el que se halla la aeronave) sino que su arte se ha transmitido a sus súbditos y todos, o casi todos, pasan la mayor parte de su vida haciendo obras de arte con el

marfil. Como las leyes del Congo belga prohíben la exportación de pequeños colmillos de elefante que son los de mejor marfil, y precisamente los de elefantes más jóvenes, los negros naturales del país los





transforman en obras de arte, y así los exportan a Egipto donde los grandes turistas pagan por ellos considerables precios. Os recordaré, mis queridos amigos, que el arte de esculpir el marfil se remonta a las primitivas edades de la humanidad. Las obras artísticas más antiguas son los dientes de mammoth encontrados en cavernas prehistóricas. Aparecen en estos dientes siluetas de bestias salvajes grabadas con piedra en el hueso y hay que reconocer que con una fidelidad de trazo que no puede sobrepasarse.

Y voy a hablaros ahora de este rey negro a que me he referido al principio de la charla.

Su palacio es una gigantesca choza. Tiene una altura de 12 metros, un largo de 70 y una anchura de 28.

En su interior se albergan los más curiosos y artísticos objetos. Esto produce al viajero una sensación de bienestar y tranquilidad nada común en las visitas a las viviendas de otros reyes negros, en las que es frequentísimo encontrarse con el horrible espectáculo de adornos hechos con calaveras de semejantes muertos en lucha entre la selva y, a veces, devorados después.

En el interior de esta choza cuelgan por todas partes trozos de marfil admirablemente tallados. Vénse colmillos enteros en los que la talla ha reproducido escenas de negros y de elefantes, bloques marfileños convertidos en cabezas de negros, unos con tendencia naturalista que reproducen con asombrosa fidelidad los rasgos fisonómicos del original; otros con vistas a la caricatura dando actitudes y gestos grotescos a las caras. Colmillos huecos convertidos unos en vasos, otros en instrumentos musicales, y todos ellos tallados en su exterior con graciosos motivos decorativos; arquetas, brazaletes, pipas, collares, bastones, tanagras, amuletos, y un sin fin de objetos que dan al palacio del rey negro el aspecto de un bazar por la multitud de cosas expuestas, y de un museo, por el arte de cuanto recrea la vista.

Sentados sobre el suelo de la choza trabajan casi constantemente 150 negros artistas.

Los negros de esta región disponen de gran cantidad de marfil porque hay abundantes manadas de elefantes, si bien a fuerza de darles caza, disminuyen considerablemente.

El tesoro de arte de este rey negro está calculado en más de tres millones de pesetas pero sin que esto quiera decir que pueda

adquirirse por este ni por ningún precio pues muchos de los objetos que encierra la choza han sido convertidos en ídolos y fetiches a los que los naturales del país profesan una veneración fanática.

—¿Tardaremos mucho en llegar a Stanleyville?— preguntó Tecla—. No estaré tranquila mientras no llene de patatas la cocina.

—Bueno, bueno— exclamó Corretón—pon la mesa y saca esa cazuela de guisado que deja escapar un tufillo tan agradable.

Pero de la cazuela solo quedaba el barro y el tufillo. De lo demás habían dado buena cuenta Tin y Ton, que mientras el buho había entretenido al auditorio con su charla, se habían atracado de guisado de conejo hasta casi reventar.

Corramos un tupido velo para no presenciar una espantosa tempestad de garrotazos que descargó sobre las costillas de la Tormenta y el Ciclón.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡QUÉ ASQUITO DE VIDA!
GASTESE USTED EL DINERO EN LIBROS
PARA ESTO. ¡VALIA MÁS QUE SE LO
GASTASE UNO EN MOJAMA



¡CURRINCHEEEEEE! VAMOS, HOM-
BRE, QUE SON LAS DOCE. ¿NO LE DA
A USTED VERGUENZA?

NO SEÑOR, PRECISAMENTE
ESTABA SOÑANDO QUE ERA EL
PRIMERO EN
LA ESCUELA Y
QUE LOS NIÑOS
ME REGALABAN
RAMITOS DE FLO-
RES



TODO ESTO ME PASA A MI POR NO HACER-
LE CASO A MI ABUELA QUE SIEMPRE ME DECÍA
ESTE REFRÁN "QUIEN CON NEGROS SE ACUES-
TA PIERDE EL PAN Y PIERDE EL PERRO"

¡HAY QUE VER SU ABUELITA, LA
POBRE, QUE MAL ANDABA DE
REFRANES!



¡A LA ESCUELA AHORA MISMO! Y VOY A
DECIRLE AL SEÑOR MAESTRO QUE TE EN-
CIERRE EN LA CARBONERA Y QUE NO TE
SUELTE EN CATORCE AÑOS Y UN DÍA



EL SEÑOR MAESTRO NO TIE-
NE CARBONERA, PORQUE
COMO GUISA CON GAS.

PUES AUNQUE GUISE CON GAS, YO
NECESITO PERDERTE DE VISTA, POR-
QUE ODO LO NEGRO, DETESTO LO NE-
GRO Y ABORREZCO LO NEGRO. ¿TE
ENTERAS?

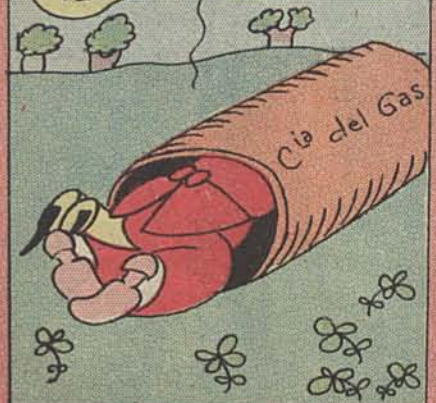


OYE, MORENO ¿QUÉ PASA QUE CORRE
TANTO LA GENTE?

NO SE; DICEN QUE SE HA
ESCAPADO UN TORO DE
MIURA



CORRE, CURRINCHE, VAMOS A
METERNOS AQUÍ QUE NO NOS
VEA



¿SALIMOS YA, DON TURU?

SI; PERO DESPACITO, NO
SEA QUE NOS VEA ESA
FIERA



PUES SI SEÑOR; COMO TE IBA DI-
CIENDO, ODO LO NEGRO, DETESTO
LO NEGRO Y ABORREZCO LO NE-
GRO. ¿ESTA ESTO CLARO?

REGULARCILLO
NADA MÁS





CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

TRIQUINUELA



UNA vez viajaban juntas una liebre y una zorra. Era tiempo de invierno, no verdeaba ninguna hierba, y por el campo no pasaba ningún ser viviente.

—En este tiempo hace mucha hambre—dijo la zorra a la liebre—; me están bullendo todas las tripas.

—Sí, es verdad—contestó la liebre—. Por todas partes están los prados secos, y yo me comería de muy buena gana mis propias orejas si me pudieran alcanzar a la boca.

—Pues yo de vez en cuando me chupo el rabo—dijo la zorra—, y con eso me consuelo.

—No sacarás mucha sustancia—repuso la liebre—; pero yo ni ese consuelo tengo, porque mi coleta es tan pequeña, que no puedo darle un mordisco.

—Pues yo tengo un hambre tan grande, que las piedras se me figuran panecillos.

—A propósito de panecillos: mira a la hija del panadero, que viene hacia nosotras; trae en la mano una cesta de pan caliente; ¡qué bien huele! Sólo de pensarlo se me hace la boca agua.

—Yo creo que ya tengo los panecillos en la boca.

—Oye—dijo de pronto la zorra—, se me ha ocurrido un medio de birlarle la cesta y su contenido: tú te haces la muerta, y yo me escondo. En cuanto te vea así, no tengo duda que dejará la cesta en el suelo para cogerte, y entonces salgo yo de pronto, cojo la cesta y arreo con ella como alma que lleva el diablo.

—No me parece mal—dijo la liebre—; pero ¿y si me coge y me mata de veras? Porque te advierto que le temo al arroz de un modo horrible.

—Chica—repuso la zorra—, eso es cuenta tuya, que yo harto hago con llevarme la cesta y haber inventado la estratagema. Pero, de todos modos, si cuando te coja das un tirón, de seguro se asusta y te suelta.

Como lo imaginaron así sucedió; en cuanto la niña

vió a la liebre tendida en mitad del camino, dejó la cesta en el suelo y se acercó a cogerla; entretanto la zorra, saliendo de su escondite, trincó la cesta con los dientes y salió huyendo como un rayo.

La panadera, al ver el camino que llevaban sus panecillos, echó a correr detrás de la ladrona, y aprovechando un descuido, saltó la liebre y fué a reunirse con su compañera.

No le costó poco trabajo alcanzarla, pues, a pesar de la velocidad de su carrera, es cosa difícil seguir a una zorra con hambre y con probabilidades de satisfacerla.

Corriendo mucho, y por más que la liebre decía a la zorra que parase y que dieran principio al banquete, la del jopo murmuraba sin parar de correr:

—No hay prisa, no hay prisa.

Llegaron al bosque, y allí hicieron un alto para descansar, y la liebre, a la que se le iban los ojos tras la cesta, propuso que se comieran los panecillos; pero la zorra, que allá para su pellejo tramaba el comérselos todos ella sola, le decía a la hambrienta liebre:

—Hija, qué tragona te has vuelto de poco tiempo acá; no tengas prisa.

La liebre, aunque sencilla, no dejó de sospechar algún tanto de la buena fe de su compañera, y aunque buena, como no era tonta, también meditó por debajo de sus orejas una combinación para castigar aquel egoísmo. Hizose la distraída y aun fingió dormirse, observando que la zorra, en cuanto la vió cerrar los ojos, cogió con mucho sigilo la cesta, y sin hacer el menor ruido trató de alejarse.

—¡Hola!—gritó la liebre—; ¿adónde te llevas eso?

—Iba a poner los panecillos a la sombra, porque el sol los está achicharrando.

—Pues nos iremos todos juntos, porque también a mí me está achicharrando el sol.

Llegaron a la orilla de un estanque, y allí volvió la liebre a su canción de siempre; esto es, que cuándo se comía.





La zorra, poniéndose muy seria dijo a su compañera:

Ya sabes que la gula es un pecado, y, por tanto, si quieres vivir en paz con tu conciencia, ayuna hoy, y mañana, con toda calma, comerás lo que te corresponda.

—No tengo inconveniente— repuso la liebre—; pero con una condición, y es que yo me llevaré la cesta, y tú vuelves mañana por mi casa.

—Eso, no—gritó rápidamente la zorra—, porque el ayuno obliga a las liebres, pero a las zorras, no.

—No sé dónde habrás leído tal cosa; pero lo que te sé decir es que si cogiéramos algunos pececillos de ese estanque, nos daríamos un festín, que me río yo del de Baltasar.

—No está mal pensado—dijo la zorra, que se relamía de gusto—; pero, por más que discurro, no encuentro la manera de coger los peces, sobre todo estando el estanque helado.

—Parece increíble que una zorra tan astuta como tú no conozca un procedimiento tan sencillo. Verás: con mis dientes y mis uñas abriré en el hielo un agujero; metes por él el jopo, y como los peces deben de estar hambrientos, en cuanto vean tu cola la morderán; tirás de ella en seguida, y ya tenemos peces.

—No está mal pensado—exclamó la zorra—para ser idea de una liebre.

Y sin sospechar de la buena fe de su amiga, siguió al pie de la letra el consejo. Metió el jopo por un agujero que practicó en el hielo su compañera, y aguardó pacientemente a que los peces mordieran aquel improvisado anzuelo. Como no sintiera nada, dijo a la liebre.

—Estos peces deben de ser muy listos y no muerden, y yo tengo el jopo helado, a pique de pescar una pulmonía.

—Ten un poco de paciencia—dijo la liebre—; voy a asomarme a ver si están ya cerca los pececillos.

Asomóse, en efecto, la liebre al agujero del estanque, y cuando vió que se había vuelto a helar y que el hielo tenía sujeta por la cola a la raposa, le dijo:

—¿Sabes que me parece que ya hemos pescado lo que se había de

pescar? Quítate de ahí, y otro día probaremos.

La raposa intentó levantarse, pero en vano, el hielo la retenía con tal fuerza, que de no dejarse el jopo allí pegado no había medio de escapar. Entonces la liebre sacó de la cesta los panecillos y enpezó a comer con mucha calma, saboreando con delicia aquel manjar apetitoso. La zorra gritaba pidiendo su parte, a lo cual respondía con sorna la liebre:

—¡Pues no tienes poca prisa! ¡Qué tragona te has vuelto de poco tiempo acá! Espérate a la primavera, que se deshiele el estanque, y entonces te daré tu parte si me queda.

Después de decir esto, y sin importarle un comino de los gruñidos y amenazas de la raposa, se llevó las provisiones a su casa, murmurando por lo bajo:

—Anda, anda, señora zorra. Tú quisiste dejarme en ayunas, y te ha salido la cuenta mal.

La zorra hacía grandes esfuerzos por sacar la cola; pero por mucho que tiraba no consiguió más que hacerse daño en el jopo.

Entonces comenzó a gritar:

—Liebrequita, ven; liebrequita, ven.

—Pero la liebre seguía corriendo.

La zorra continuó gritando:

—Si me salvas, liebre, te daré lo que me pidas.

Y la liebre, volviendo la cabeza, exclamó:

—Espera a que venga el deshielo.

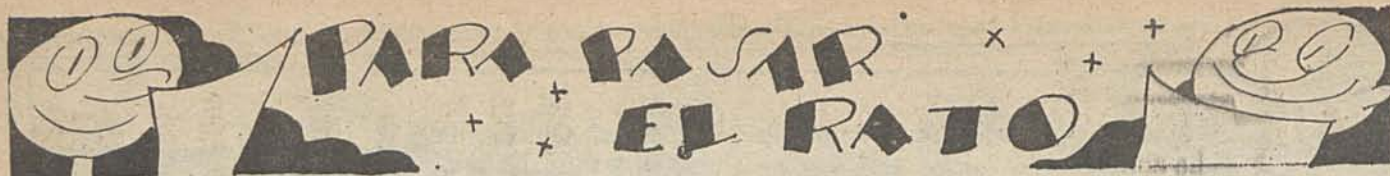
Por muy zorros que sean los pillos, al fin y al cabo se la pegan los inocentes.

Es fama que la zorra no pudo esperar a la primavera, y se murió presa en el estanque de un ataque de pasión de ánimo, y muy arrepentida de sus malos propósitos.

El egoísta es un ser repulsivo; escarmentad en el jopo de la zorra, y no tratéis nunca de perjudicar a nadie, no se os vuelva la tortilla, y seais vosotros los más perjudicados.



FIN



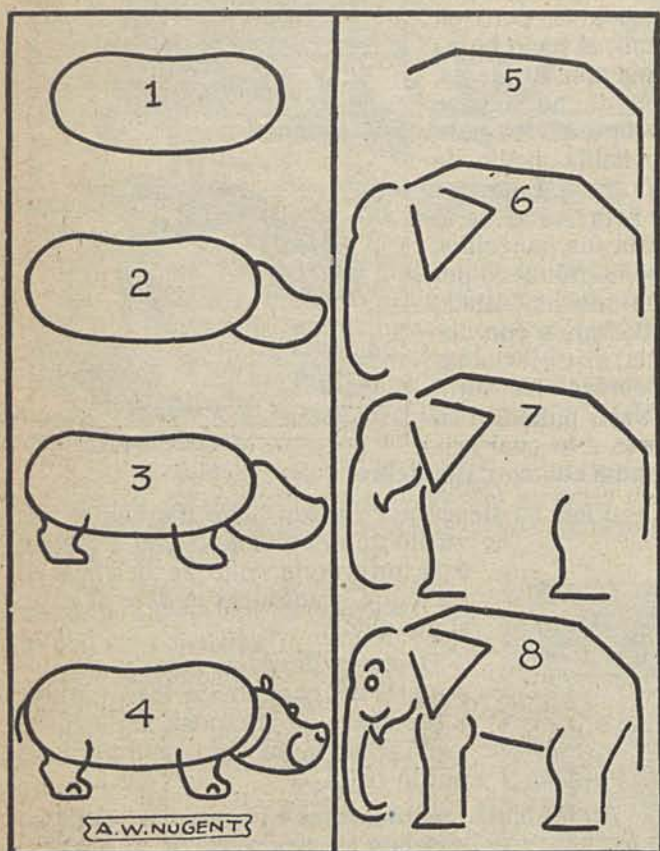
TODOS DIBUJANTES

A pesar de su aspecto terrorífico, el elefante y el hipopótamo son dos buenas personas. Tan buenas que no hemos vacilado en ofrecérselas como modelos por si os interesa dibujarlos.

Y como cuando nosotros nos ponemos filantrópicos nos carcajearnos hasta de nuestra sombra, os indicamos además la manera de lograr, lo más rápidamente posible, el dibujo de tan simpáticos animalitos.

¡A por el lápiz, pues, pinochistas diligentes!

¡A trazar sobre las niveas cuartillas las gráciles siluetas del elefante y el hipopótamo!



UN NUDO DIFÍCIL

Hacer un nudo con una cinta utilizando para ello una sola mano es empresa difícil, a fé mía.

Menos mal que aquí estamos nosotros para allanar dificultades y para indicaros por tanto, la forma de conseguir el citado nudo.

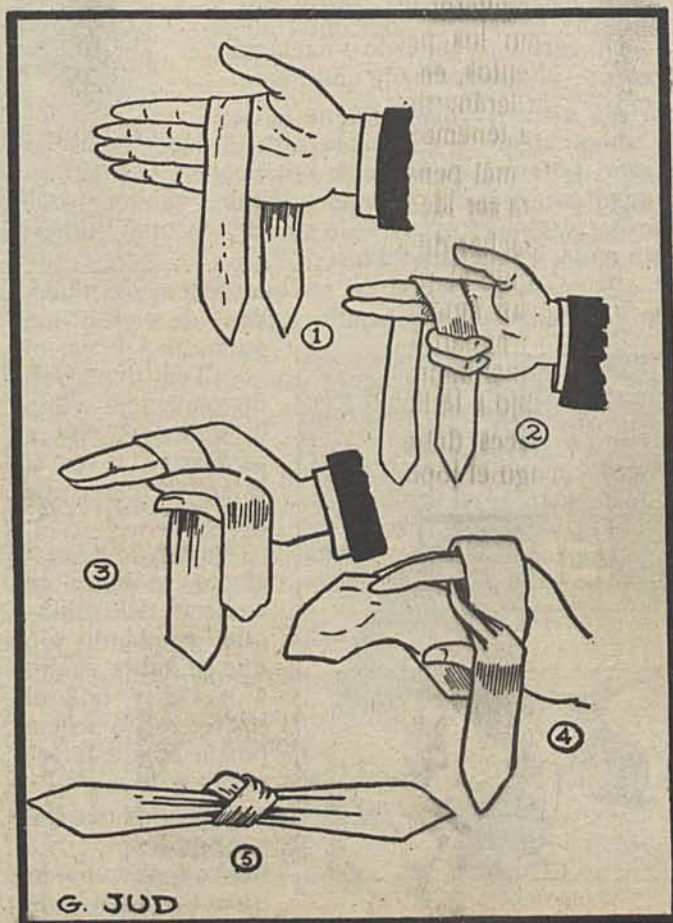
Para ello sobran palabras.

Si fijais vuestra vista en el gráfico adjunto y seguís las indicaciones de las cuatro manos en él dibujadas ellas os indicarán mejor que el orador más florido la manera de lograr vuestro objetivo.

Por lo tanto me callo.

Adiós.

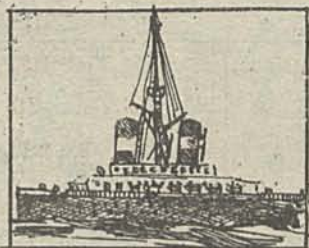
Hasta otro día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un buque.—Santiago Colmenero



Currínche
María Sesma



Cerezas
Soledad Llana



Cabeza d caballo
Estanislao Rolandi



El capitán
Teresita Antolínez



El capitán Corretón
Santiago Virallé



Paisajista.—Lolita García



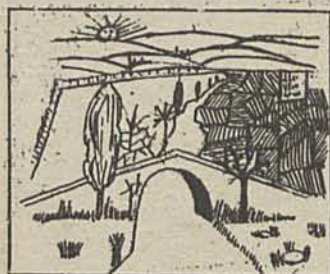
Pipa.—Ildefonso Mela



Mi morada
Evangolina Mulet



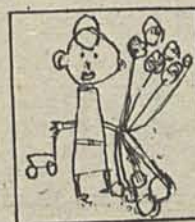
Recolectando
guindas
M. M. Lázaro



Un paisaje.—Julían Moreno



Niños
Manuel Murillo



Un vendedor
Aurora Vidal



Isabel la Católica
Paco Pino



Una cabecita
José Luis Guerra



Chonón
Alicia Martín



Que ustedes descansen
Angelita Domínguez



Mis macetas
Evangolina Mulet



Mi camioneta
Joaquín Ramírez



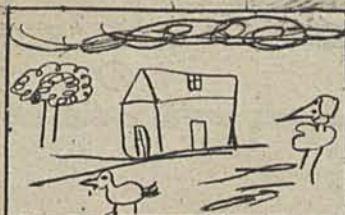
Un torpedero
José M.ª Gil Rodrigo



Las dos hienas
Antonio Núñez



La casa de Pinocho
J. B.



Mi amigo Pinocho y su casa de campo
Rafaelito Esteve



Bismarck
Francisco Mayán



Árabe
Raimundo Pérez



Papá Noé
Alejandrina Morán



El barco de Currínche
Teresa Ballester



Don Turulato
Francisco Molina



Morronguis
Carlos Alegre



Un oso
Emilia Sevillano



Un buque.—R. Ayllón



Un monaguillo
M. Sesma



Yaya unos amigos!
M. C. Sevillano



Charito
M.ª J. Ballester



Pirula
Visi Moreno



Chufita.—Alegre C.



Un castillo.—Pedro Rico



Godoy
Angel Zudaire



Un cow-boy
R. Ayllón



Locomotora. Julito Fuentes



Morronguis
Guillermo Virallé



Un burro.—María Sesma



Xaudaró
Teresa Castejón



Golfillo
Angeles L. de Guevara



Zamora
Ricardo Cortés



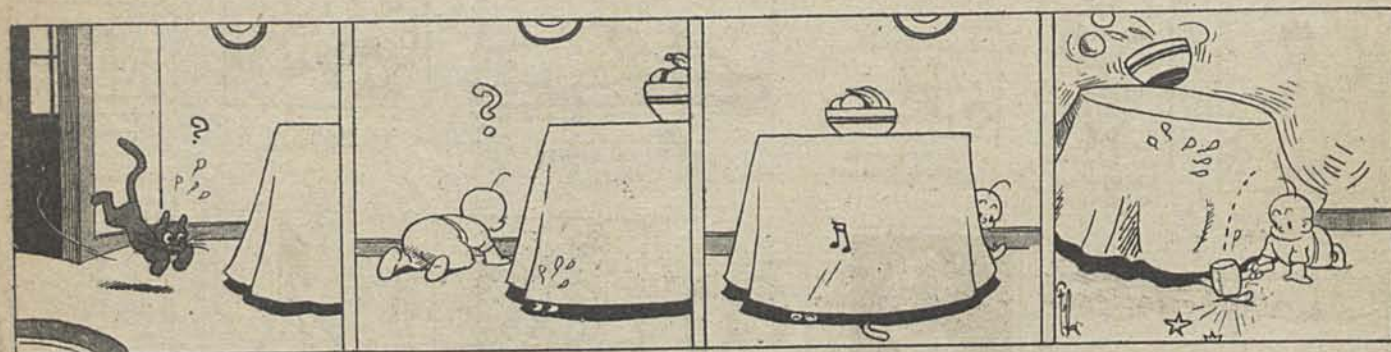
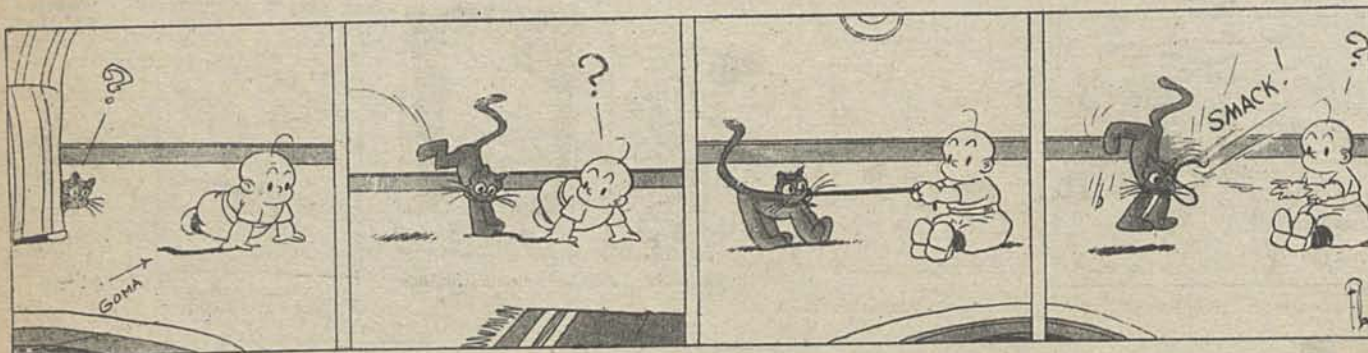
Un gallo
Manuela Fuentes



Currinche
Luis Levenfeld



Otro gallo
M. Fuentes



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accesits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA JIRAFÁ PESCADORA



Una jirafa se puso a pescar y lo hizo con tanta gracia y tanto arte que al minuto de estar en tan delicada operación ya tenía en su poder cinco peces.

Cinco peces, hermosos, relucientes...

Cinco peces orgullo y honra del río donde fueron pescados...

Cinco peces, plateados y rollizos...

Pero vosotros vais a saber mejor que nosotros cómo son los cinco pececitos en cuestión porque los vais a buscar en el dibujo, pues la jirafa los escondió para que no se los cogieran los envidiosos.

Hoy vamos a dedicar el día a peces... Después de todo son unos animalitos muy simpáticos y seguramente nos agradecerán esta atención nuestra...

Pero vamos al grano...

¿Sabéis por qué se ríen tan estruendosamente estos pescados que asoman sus cabezas sobre las procelosas aguas de ese lago?

Seguramente no lo sabéis...

Porque si fuera uno a saber de lo que se ríe todo el mundo apañados estábamos...

¡Vaya una gracia!

Pero si no lo sabéis lo podéis saber uniendo los números con líneas empezando en el 1 y siguiendo el correspondiente orden.

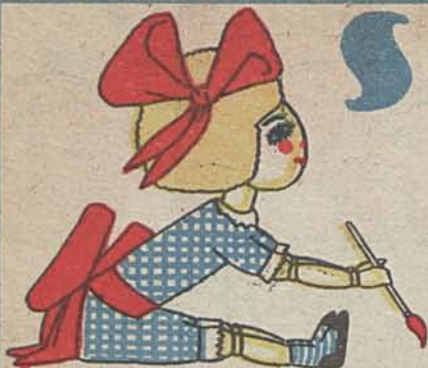
CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 333
DE JULIO

Envío del Pinochista D.



Sección Pirula

Charlas de Pirula... cocinera
y bordadora



Cómo le gustan a Matty
los peces y las labores

Dice un proverbio
francés que «los días
se suceden y no se

parecen»; tampoco las Pirulindas que se suceden en estas páginas, se parecen unas a otras.

Ya veis, os conté el cuento de la princesita Coralina, por Puriña, por lo mucho que le gustan los habitantes del mar, vivitos y coleando.

En cambio a Matty, los peces que hay en el mar no le dicen gran cosa (claro que los peces no suelen ser muy habladores con nadie), por la simple razón de que ella prefiere la sierra a la playa.

La encanta trepar entre peñas y riscos, sentir el viento fresco en la cara, coger flores silvestres y cardos para adornar la casa de campo y restregarse los dedos con hojas de romero y de menta.

Pero si los peces vivos no la dicen nada, en cambio fritos —aunque parezca raro —la dicen mucho.

Es decir que a Matty le gusta el pescado, toda clase de pescado y de cualquier manera que se lo sirvan.

Una raja de merluza rebozada no es ningún manjar maravilloso ¿verdad? Pues a Matty le gusta más que un plato de natillas o un marrón glacé. Y quien dice merluza, dice lubina o truchas, salmonetes o bacalao, lenguado, besugo, dorada o sardinas, ya que en su predilección entran por igual los peces de mar y los de río.

Por eso, al enterarme de dos nuevas recetas de pescado y al disponerme a comunicármelas, no puedo menos de dedicárselas a Matty; estoy segura de que la harán feliz... doblemente, porque

son platos sabrosos y porque son sencillos de realizar, con lo cual Matty, antes de comérselos, tendrá la satisfacción de confeccionarlos con sus propias manos.

(No es un secreto para nadie

que a Matty le gusta fisgar en la cocina y que tiene para el arte culinario unas disposiciones maravillosas; ¡si la viérais mondando patatas! Pues ¿y batiendo claras? Una notabilidad, no os digo más.) Ahí va la primera receta: «Budín de pescado»

Sirve cualquier pescado por lo cual aconsejo que se elija uno de un precio moderado como el bacalao fresco o la pescadilla.

Se pone media barra de pan de Viena, en remojo en una taza

de agua y cuando está

blanda, se esprime y se

mezcla con el

pescado desmenuzado, un

huevo y un tomate frito y

pelado. Y ya

no queda más que meter esta pasta en el horno, lo cual

conviene hacerlo en un molde o en una cazuela cuyo interior se

unte previamente de mantequilla y se espolvoree con un poco

de pan rallado para que no se pegue.

La segunda receta es la de «Lenguados al gratin». Claro

que como los lenguados suelen ser bastante caros, pueden

sustituirse con gallos, en la seguridad de que la sustitución

no se ha de advertir ni poco ni mucho.

Los lenguados se compran ya en filetes. Se dispone en una

tartera una capa de salsa bechamela, otra de queso rallado y

otra de filetes de lenguado (llamémoslos así); y se repite la

operación hasta conseguir dos capas de pescado, por tres de

salsa y tres de queso; la última, o sea la de encima, ha de ser

de queso pues es la que se dora al horno.

De lo sabrosos que son estos dos platos, juzgaréis en cuanto

los comáis; de lo sencillos que son de hacer no dudaráis en

cuanto os diga que me comprometo a confiar su confección a la propia Matty. De lo que no respondo es de que la mamá de

Matty comparta mi confianza.

También estudia con aplicación como las demás Pirulindas, y, como ellas, hace labores. Ahora que la aguja «no la tira» dice, por lo cual elige labores fáciles, como por ejemplo:

La primera, a la vista está que es sencillísima: total, unas listas a punto de cadeneta y nada más. Sin embargo este motivo produce un efecto precioso, muy delicado, bordado con seda de color o con algodón perlé sobre vestiditos de vuelo y delanteros de batistas, o con algodón de bordar, en mantelería de toile de hilo.

El otro motivo luce más, parece mucho más complicado y sin embargo es casi tan fácil como el primero, pues también está hecho a punto de cadeneta.

Primero, se bordan los contornos y el centro de las flores y las hojas. Luego, con el mismo punto, pero a grandes puntadas y, si se quiere con algodón más grueso, se rellena todo el fondo.

Este sirve para mantelería, almohadones, tapetitos, etc.

